



TOMO III.—NÚM. 25.

ANUNCIOS: á precios convencionales.

Número suelto, un real.

DIRECTOR: VALENTIN L. CARVAJAL.

Administracion, Lepanto 18.

ORENSE—SÁBADO 1.º DE ABRIL DE 1876.

AÑO III.—NÚM. 128.

SUSCRIPCION: tres pesetas trimestre

en toda España.

SUMARIO.—De algunos productos minerales que pudieran utilizarse, por A. Casares.—Cuadros de la guerra, por Concepcion Arenal.—La Exposicion regional de Galicia en 1875, por Un expositor.—En la muerte de Ecilda Ruiz (poesía,) por A. Muruais.—Un artista gallego, por X.—Conocimientos útiles.—Variedades.—Seccion local.—Charada.—Anuncios.

## DE ALGUNOS PRODUCTOS MINERALES QUE PUDIERAN UTILIZARSE.

La riqueza mineral de Galicia se aprovecha muy poco y está aun mal conocida. Por lo comun se forma una idea equivocada de esta clase de riqueza: se cree que consiste en minas de plata y oro; y las personas que se consideran como algo mas instruidas se avienen á dar tambien importancia á las de estaño y algun otro metal; pero con la condicion de que tales metales se han de encontrar con mucha abundancia y que su explotacion ha de costar poco dinero dando resultados maravillosos. En fin, una mina, cualquiera que sea su naturaleza, ha de ser un tesoro que en po-

cos meses y con poco trabajo ha de hacer rico á su dueño. Esta idea equivocada, unida á otras causas, es el principal escollo que se presenta en las especulaciones cuyo objeto es beneficiar algun criadero metálico. La explotacion de una mina exige estudios previos en los que se invierte tiempo y dinero; y despues poseer un capital disponible para los trabajos que, por lo general, no son productivos desde que se emprenden, y por desgracia á veces del todo infructuosos, porque ó desaparece el mineral ó se encuentran obstáculos inesperados que obligan á suspenderlos; de aqui el que esta clase de especulaciones sea mas bien objeto de una sociedad que de un hombre solo, para que con poco costosos sacrificios individuales llegue á reunirse un crecido capital que permita emprender con regularidad y sin ahogos las obras necesarias á conseguir un resultado satisfactorio. El espíritu de asociacion, que tan escaso anda en nuestro país, es indispensable para aprovechar la riqueza que encierra y

que no es despreciable, aunque, lo repetimos, está mal conocida.

Hay no obstante algunas explotaciones minerales que no se hallan en el caso de las minas metálicas y que son accesibles á medianas fortunas, sin que ofrezcan gran peligro de ocasionar la ruina de los que las emprenden. Nos referimos á las canteras de piedras susceptibles de tallarse y que se prestan á varias aplicaciones útiles y conocidas. Estas no tienen el inconveniente de presentarse en filones ó capas de riqueza dudosa sinó en masas considerables que aparecen sobre el nivel del terreno y que desde luego pueden explotarse con provecho.

Sabido es que en Cataluña, en Granada, y otras provincias de España se trabajan mármoles de varias clases que se llevan á todos los puntos del reino para mesas y baldosas. ¿Y no tendríamos en Galicia algunas clases de piedra que pudieran servir para el mismo objeto ó para otros análogos? Vamos á hacer sobre este punto algunas indicaciones á fin de escitar á los especuladores á que estudien un ramo de riqueza que puede ser importante.

A. Casares.

Santiago, 27 de Marzo de 1876.

## CUADROS DE LA GUERRA.

### VI.

Es el dia 4 de Julio de 1874. No han dado las diez de la mañana, y el calor es ya sofocante, al cual se añade una nube de polvo, en el camino que vá de la ciudad de *N.* al pueblo de *H.* Quien por allí pasa por primera vez se encuentra desagradablemente sorprendido al sentir en aquella latitud tanto calor como en las llanuras de la Mancha ó de Castilla la Nueva: la topografía de la comarca, una especie de desierto de muchas leguas, sin agua ni vegetación que esté cerca, explica aquella elevada temperatura.

Por la carretera apenas hay mas transeuntes que militares que van y vienen, y multitud de carros con provisiones, escoltados por fuerza armada.

Entre el polvo hay muchas ramas desgajadas de los árboles que están orilla del camino. La primera idea que ocurre al verlos despojados de gran parte de su follaje, es acusar á la

desenfrenada soldadesca que así los destroza; pero cuando se van encontrando soldados con equipo de invierno, morral, armas y municiones; cuando se los ve marchar en medio de aquella nube de polvo candente, y con una cosa negra sin ala cubierta la cabeza, se comprende que instantáneamente la rodeen de verde follaje, que lleven en la mano una rama para apartar un poco el polvo y poder respirar; las que son grandes ó pequeñas, ó sobran, quedan en el camino: de muchos males se acusa á los soldados en vez de acusar á la guerra.

Por entre los carros, y sorteándolos, corre una diligencia: no es muy propio decir que corre, porque se pára muy á menudo. En aquella dirección hay una vía férrea, que la ruptura de un puente y la guerra, combinadas, dejan sin circulacion: se han improvisado medios de suplirla saliendo vehículos arrinconados, de cuyo número es la diligencia mencionada. Con la sequía y el calor crujen sus maderas mal ajustadas; una rueda se caldea en términos que hay que refrescarla á cada paso. Este refresco consta de las partes siguientes: desenganchar el tiro, aparse los viajeros, suspender el coche, sacar la rueda y echar agua al cubo y al eje hasta que se enfrien, y el correspondiente coro de blasfemias y obscenidades que acompañan á estas operaciones. Durante ellas, los viajeros se agrupan á la sombra mas próxima; maldicen de todo, menos de los verdaderos causantes de aquella vejacion; comentan la última sangrienta batalla, que por haberse dado hace muy pocos dias no se ha olvidado aun; hay sobre ella tantas opiniones como personas, que se ofrecen cortésmente la merienda, y se dicen quien son, de donde vienen, á donde van y á qué. Uno solo de los viajeros, ve y oye en silencio todo lo que pasa. Acabado el refresco de la rueda, monta con los otros á la media legua, la salud y se apea; bajan de la baca varios bultos y cajas de su pertenencia, y alguna de esas personas á quienes produce un verdadero malestar el incógnito de aquellos con quienes viaja, le pregunta: «¿Es usted comisionista de comercio?—No, señor,» responde el interpelado, acompañando estas palabras con una triste sonrisa, y agrupando sus efectos.

Está en una especie de plaza, de grande extension, de forma irregular; por dos lados, casas de mala apariencia y una iglesia; por otro la carretera; enfrente un gran edificio de piedra, sobre cuya puerta se lee: HOSPITAL MILITAR; en medio, y como plantados al acaso, árboles de poco ramaje, á cuya escasa sombra se guarecen algunos soldados, arimando los fusiles al tronco. Se ven parados gran número de carros vacíos, y otros van llegando; hay muchas voces, mucha confusión, y jefes y oficiales de Sanidad Militar con botas de montar y los caballos embridados. El viajero sabe que hay allí heridos; comprende que van á sacarlos; su rostro se altera; pasan por su frente sentimientos de piedad y nubes de indignacion, y parece expresar alternativamente la súplica y

la amenaza. Adelántase resueltamente como para hablar al jefe; á los pocos pasos se detiene, mueve tristemente la cabeza, hace un gesto que significa *¿que necesidad voy á hacer yo?* Vuelve atrás, y se sienta en una piedra, á su parecer menos dura que el corazon de los que van á evacuar un hospital á tal hora y en tal forma. Con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza en las manos, y mirando al suelo sin ver lo que hay en él, habla así consigo mismo:

—¡Habiéndome vía férrea llevar los heridos en carros! Se dirá que no está corriente. ¿Cómo lo estuvo hace dos días para llevar á los generales? Lo que se hizo por los jefes sanos, ¿no podría hacerse por los soldados heridos? Dar el largo rodeo que se dá por la carretera, estivados en carros de infernal movimiento, y con esta temperatura tropical. ¿Tampoco podían sacarse mas temprano ó mas tarde? Es preciso que salgan de aquí á las once, para que aprovechen las horas en que el sol calienta más. ¡Cuánto van á sufrir al atravesar ese desierto, sin una gota de agua que llevar á sus abrasados labios, y cuánto les perjudicará este horrible viaje! Diráse que no se evacuan los graves; á los siete días, no lo parecen todos los que lo son: ¿cuántos morirán ó quedarán inútiles de los que van á salir, y qué buenos aliados son de la gangrena y de todo género de desgraciadas complicaciones, el calor, el malo y prolongado movimiento, la dureza y falta de amplitud del vehículo, y tanto subir y bajar! ¿No saben que los heridos deben moverse lo menos posible? Esto es elemental.

El viajero piensa estas cosas y otras: luego, como si quisiera apartar de sí las ideas que le mortifican con la vista de los objetos exteriores, levanta la cabeza, mira acá y allá, fijándose en una mujer pobre, pero decentemente vestida, sentada á la puerta del hospital, y llevando con frecuencia á los ojos las puntas del pañuelo que cubre sus cabellos blancos. Como está muy triste, se siente atraído por aquella mujer que llora, se acerca á ella, y le dice:

—Buena anciana, ¿qué tiene usted?

—¿Qué quiere usted que tenga, señor?— responde, como admirada de que todos no adivinen su pena.

El viajero lo comprende, y prosigue:

—¿Está aquí?

—¡Ojalá! ¡Deseo una pobre madre ver herido al hijo de sus entrañas! Y lo deseo.

—Tal vez esté bueno. No habrá podido escribir.

—¡Bueno! No, señor. Todos los soldados de su batería le han visto caer, y en aquella confusion nadie sabe si quedó muerto, herido y prisionero, como tantos otros, ó ha venido á este hospital.

—¿Y no le permiten á usted entrar á ver si está?

—No me lo han permitido.

El viajero entra en el hospital; le sale al encuentro el portero: es un paisano, á quien además de un ojo le faltan todas las señales exteriores que impresionan favorablemente. Se entabla el siguiente diálogo:

—¿A donde vá usted, caballero?

—A ver al Director del hospital.

—No se puede ver.

—Es indispensable que le vea; pásele usted recado.

—No puedo.

—Es preciso.

—¿De parte de quién?

—De una persona que viene á regalar al hospital algunas de las muchas cosas que le faltan.

El portero se vá, y no tarda en volver con la órden de que el viajero entre á ver al Director, que se excusa con él de recibirle en la escalera por donde sube y baja apresuradamente. Es una persona muy amable, y parece excelente: se queja de los apuros que pasa, de lo mal servido que está, de las muchas cosas que le faltan, interrumpiendo la relacion con órdenes que dá á unos y á otros, y aplazando una conferencia más larga para cuando hayan marchado los heridos que van á empezar á salir.

En cuanto á la pobre mujer que llora á la puerta, se comprende que no puede subir en aquel momento, porque aun en el caso poco probable de que se lo permitan, se expone á que mientras busca á su hijo en una sala, él salga sin que ella le vea. La infeliz se resigna á esperar, pero el viajero prevé lo que va á suceder si se queda allí. Van á pasar 200 heridos: cada uno que vea aparecer de lejos imaginará que es su hijo, y recibirá doscientas impresiones al contemplar su misero estado, y doscientos terribles desengaños al saber que no está allí, y creyéndole muerto. Compadecido, se acerca á ella y le dice:

—Buena anciana, véngase usted conmigo á esta casita inmediata; aquí el calor es sofocante, y va usted á sufrir mucho inútilmente. Dígame usted el nombre de su hijo; yo aquí á la puerta le llamaré, á medida que vayan pasando los heridos, y cuando responda, correré á buscarla á usted.

—¡Ay! no señor, no. Podría no oír que le llamaban; los artilleros suelen quedarse algo sordos; él me escribía que estaba tardo de oído; figúrese usted si estuviera aquí y ya no lo viese. ¿A donde iría á buscarle?

—Temo que le falte á usted fuerza.

—Dios me la dará. Él me la dió, porque yo no tenía tanta como he necesitado. Él me ampara, Él le premie á usted, buen caballero, que tiene compasion de mi. Desde que salí de casa, hace cuatro días, no he visto mas que personas extrañas; y luego, en estos pueblos en que hay guerra, no sé como se vuelve la gente: en el mio, cuando una mujer llora en la calle, se forma corro y le preguntan por qué; aquí pasan de largo: sin duda han visto llorar muchas y se han acostumbrado, pero es cosa terrible. Si viera usted, señor, que consuelo tan grande me dió nada mas que con decirme: *¿que tiene usted, buena anciana?*

El diálogo se interrumpió con la vista del primer herido: el doloroso desfile habia empezado. En lúgubre silencio empezaron á pasar

jóvenes, alegres y apuestos hacia una semana, hoy desfigurados, débiles y afligidos. Iban con la cara ó la cabeza cubierta de paños ensangrentados, otros con el brazo pendiente de un pañuelo, ó cojeando, arrimados á un compañero ó á un palo, ó á cuestas, ó en brazos. Ni una camilla, ni una sola se emplea para trasladar á aquellos infelices; y no podía verse sin indignación y sin miedo de que se hicieran mucho daño, como los que tenían una pierna herida, con gran trabajo y esfuerzo bajaban la escalera saltando sobre la sana, á riesgo de caer, y como colgaban las dos enfermas de los que iban á cuestas ó en brazos. Al llegar á los carros, ¡qué de dificultades y de dolores para subir á los que no podían hacerlo por sí mismos! Cuando se hallaban estivados sobre la tabla dura, el bagajero preguntaba si estaba *cargado*, y con la respuesta afirmativa, arreaba las mulas y se dirigía á la carretera.

A todo esto, sin oírse un ¡ay! una protesta, ni una queja de tantas como podrían darse. ¿Sería que los perjudicados no tenían idea de que la traslación pudiera hacerse de un modo ménos perjudicial para ellos, ó que el *soldado* herido se intimida en presencia del médico *jefe* con sus estrellas ó sus entorchados, y no se atreve á quejarse por no parecer insubordinado?

Fueron pasando, pasando: era tan penoso el verlos, que el viajero le pareció que debían ser, no 200, sino 2.000. Al principio sus ojos pasaban alternativamente de ellos á la aflijida mujer, que esperaba como una fortuna ver á su hijo entre aquellos desgraciados; despues no miraba más que á ella: su rostro, su ademán, sus estremecimientos continuos, eran como el reflejo y el resumen de todos aquellos dolores.

En brazos de dos camaradas apareció un artillero con las dos piernas heridas. Se oyo un ¡*Hijo!* imposible de repetir, y se vió á la madre abrazarle, y despues caer de rodillas. Palabras no tenía; con lágrimas le hablaba besando su rostro, sus manos, y hasta aquellos paños empapados en su sangre. El soldado, profundamente conmovido, decia llorando: «Madre, no llore; el fisico ha dicho que la bala no ha tocado al hueso, y que pronto estaré bueno.»

Habia llegado el límite de las fuerzas de la pobre anciana, que tuvo una congoja y perdió el sentido. Auxiliáronla piadosamente; el viajero sacó de su equipaje alguna cosa con que confortarla y vorverla á la vida, mientras su hijo, sin saber si estaba muerta, era llevado al carro, y pedía al bagajero que no arrease hasta ver si su madre recobraba el sentido y podía siquiera decirle adios.

Un bagajero no es un hombre que se conmueva fácilmente. Tratado con dureza; vejado casi siempre, aún más de lo que exige la necesidad; perjudicado en sus intereses, arruinado tal vez, expuesto en ocasiones á peligros que no debiera correr, el bagajero es una desdichada víctima de la guerra, y no es raro que en

ella se endurezca, que de sus iras participe, y que odie á los que forzosamente sirve. No obstante, el que lleva al artillero herido se compadeció de él. Tal vez se acordó de un hijo, que tenía la misma edad, ausente tambien de la casa paterna; tal vez pensó en su pobre mujer, afligida por tenerle lejos; ello es que dijo con voz que no parecía la suya: «No te aflijas, hombre, daré tiempo á que tu madre vuelva en sí;» y enredando de propósito los tirantes de las mulas, hizo como que los estaba arreglando cuando le dieron orden de andar, y se quedó el último.

Entre tanto la pobre anciana habia recobrado el sentido y volvía á donde estaba su hijo, con el firme propósito de seguirle. En vano le dijeron que apenas podía tenerse en pié, que la jornada era penosa, el camino sin un árbol, el calor sofocante. Despues de tanta dolorosa zozobra, de creer á su hijo muerto, cuando le encuentra vivo, ¿había de verle un momento nada más, y dejarle ir, sin saber si le hacía daño el camino, ni si las heridas se agravaban? ¡Imposible! por mucho que sufriera con ir, habia de sufrir más quedándose. El viajero comprendió que serian inútiles cuantas reflexiones se le hiciesen, y desapareció de allí. La pobre mujer le buscaba en vano con la vista, y preguntaba por él, aflijida de marcharse sin darle las gracias, sin saber su nombre ni decirle como se llamaba.

Habia echado ya andar con el carro que llevaba al querido de su corazón; estaba ya en la carretera, y volvía la vista con frecuencia, por ver si podía siquiera decir adios por señas á su desconocido bienhechor, cuando le vió salir de entre las casas corriendo, y á su lado un hombre con una borriquilla; era la cabalgadura que á subido precio habia podido conseguir para la débil mujer. Cuando esta lo comprendió, estuvo á punto de desmayarse otra vez de enternecimiento y gratitud. Al despedirse del viajero, por mas que este lo resistía, quiso besarle la mano, que quedó cubierta de lágrimas. Mirándolas se humedecieron los ojos del desconocido, su amargura se dulcificó, su alma, como crispada por tan diversas y dolorosas sensaciones, sintió una especie de bienestar.

¿En qué consistiría?

Era que, consolando, habia hallado consuelo.

**Concepcion Arenal.**

## LA EXPOSICION REGIONAL DE GALICIA EN 1875.

Suele acontecer con frecuencia que las causas de justicia dudosa, son defendidas por los mejores letrados; ó lo que es lo mismo, por aquellos á quienes además de su ilustracion, acompaña la gloria de su nombre. Aun así, la mision del acusador en ciertos casos no es difícil, pues estando la razon de su parte, sin necesidad de grandes recursos oratórios, puede llevar al ánimo de los Jueces el convenci-

miento que pretende. Embarazados nos hemos hallado, cuando al leer un comunicado inserto en EL HERALDO del 22 y 25 corriente, contestando á nuestro artículo publicado en el del 5 de Febrero, vimos que lo suscribía el Exmo. Sr. D. Juan José Viñas. Profesamos á dicho Señor mucha estimación y respeto; reconocemos en él, dotes especiales que le hacen muy acreedor á aquello, y por tanto vacilamos un instante, entre pasar por la humillación de darnos por vencidos en un asunto en que desgraciadamente no lo estamos, ó contender con quien en nuestro artículo, no solo eximieramos ya de responsabilidad con algunos pocos mas, sino que lamentáramos que aquel y estos, hubiesen tenido la desgracia de figurar en primer término, como promovedores y encargados de la Exposición regional de Galicia, sin poder evitar los desaciertos cometidos.

Aunque nobleza obliga, como dice muy bien el Sr. Viñas, creemos que no tanto que imponga el deber á la Comisión Directiva, de hacerse solidaria, no ya de los cargos que como tal pudieran alcanzarle, sino de todos los actos relacionados con la Exposición, sin embargo de consignar que es de todo punto estraña á algunos de los mas importantes hechos, objeto de nuestras imputaciones. Esto, que nosotros calificamos de abnegación, y que á alguno pudiera parecer arrogancia, nos dispensa de señalar cuales faltas corresponden á unos y cuales á otros. Pero antes, deseamos dejar consignado que nuestras inculpaciones, se han dirigido principalmente á los que no supieron secundar los buenos deseos y propósitos de algunos; y como tenemos una pequeña idea de lo que es la colectividad con la denominación de Comisiones, Juntas y Corporaciones, habíamos querido descartar en nuestro artículo á las personas que lo merecen, no desconociendo lo que acostumbra suceder en tales casos: mucho entusiasmo al ser propuesto un pensamiento; mucha esquividad para trabajar en él; muchas exigencias y muchos desaciertos por consecuencia; y entre tanto, á los que mas se afanaron, les espera la crítica por que han ocupado el primer lugar ó por que sus nombres son mas autorizados; y los que únicamente bulleron ó entorpecieron, procuran adjudicarse el mayor cupo de gloria si la hubo, y dejan y aconsejan que contesten á los cargos, las personas que ménos participación tuvieron en los errores. Como este vicio no es peculiar de un pueblo, sino que se comete en todas partes, nada de particular hubiera tenido que las personas á quienes hemos dejado á salvo por merecerlo así, y que acaso en su conciencia, no nos juzgaron con tanta severidad como por escrito, hubiesen creído mas conveniente oponer su silencio á nuestro artículo; pero honrándonos el Sr. Viñas, en nombre de la Comisión bajó á la arena, y con este motivo nos vemos obligados á declarar, que todos nuestros cargos continúan en pié como luego probaremos, y que nuestras aserciones, no son inectivas ni inmerecidas imputaciones, pues tenemos por costumbre pensar dos veces lo que decimos una.

¿Habrá razon para calificar de inmerecidos los cargos que hicimos, cuando en el comunicado á que contestamos, se confiesa que todavía no se ha podido publicar la memoria que se intenta, por que no están completos todos los datos? ¿Habrá motivo para aquello, cuando despues de ocho meses no se ha formado el catálogo oficial de los objetos? Si esto y otras cosas suceden, y la Comisión Directiva es estraña á algunos hechos como asegura y creemos muy bien, en honor de la *Sociedad Económica* y por crédito de la Exposición, ¿no sería mas prudente que la Comisión que acordó que nuestro artículo fuese contestado, optára por el silencio?

Confiesa el Sr. Viñas, que no se realizaron todos los apetecidos resultados que los promovedores y encargados de la Exposición se habian propuesto; lo sabemos: pero esto es tanto como dar razon al que como nosotros se quejó de lo mismo. Tampoco ignoramos que el Sr. Viñas no es de los que buscan ni necesitan cargos de relumbron, sino que los cargos difíciles le buscan á él y sabe desempeñarlos.

Nos concede luego que la Comisión que nosotros dijimos habia sido nombrada por la Sociedad, y que segun dicho Señor fué por la Comisión Directiva, ocasionó desacuerdo, y esto es lo mismo que nosotros hemos manifestado; añade que tan pronto la Comisión supo esto, procuró ponerle remedio, lo cual nosotros no negamos; pero aquello no quiere decir que el entorpecimiento y sus consecuencias dejasen de existir.

Se concluye el Sr. Viñas de que por simple referencia á dichos, hubiésemos hecho el cargo de que los representantes de esta provincia habian sido recibidos con poca consideración. Como nosotros no hemos sido uno de ellos, natural era que solo por referencia pudiésemos saber lo poco agradecidos que regresaron; pero si ahora añadimos que esos dichos nos fueron comunicados por tres de los cuatro representantes que han ido á Santiago, y que alguno no tiene inconveniente en confirmarlo por escrito si es necesario, nos parece que algo valen esos dichos. En cuanto al otro representante que el Sr. Viñas nombra como Juez en esta cuestión, comprendemos por la llamada, que estuvo en muy distinto caso, pero tratándose de una comisión, no basta atender á uno de sus individuos, pues por algo pudiera entrar la consideración personal de esa persona, y por respetable que sea, no significa la Comisión. Por tanto, antes de pedir que determinemos los hechos que prueban la falta de consideración con que han sido recibidos, será conveniente que el Sr. Viñas señale las atenciones de que fueron objeto.

Es tan dura como inmerecida la calificación, de falta de lealtad que se nos atribuye, acusándonos de que hemos sido eco de lo que indicó algun periódico acerca del nombramiento de Jurado, y no hemos tenido en cuenta lo que él mismo rectificó. Deducimos de esto y de la esplicación que sigue para probar la legalidad con que fué nombrado el Jurado, que el Sr. Viñas creyó que nos referíamos á lo que dijo *El Porvenir*, respecto al cumplimiento del artículo 17 del Reglamento; pero no es así. En EL HERALDO del 26 de Julio último, cuya lectura le encarecemos, hallamos acusaciones gravísimas que no queremos consignar aquí, por no molestar á la persona á quien contestamos, ni hacer este artículo demasiado largo, y hasta ahora ni dicho periódico ni nadie rectificó aquello; por el contrario el juicio allí formado, lo hemos oído confirmar á alguno de los jurados y los hechos lo atestiguan. Rogamos pues al Sr. Viñas, nos absuelva de esa inconveniente calificación que no merecemos. En cuanto á lo de que el Jurado nombró un dignísimo Presidente, lo sabemos y nadie lo puso en duda.

Suponíamos que la misión del Jurado, era estudiar por sí los objetos presentados, para proponer despues los que á su juicio merecían recompensa; en esta suposición, calificamos de absurdo el corto plazo que se señaló entre el día de la apertura y el de la distribución de premios. No contábamos con que la Comisión pensaba hacer, desde el 15 de Julio en que los objetos debían estar allí, hasta el 20 en que la Exposición se abría, un juicio analítico de los mismos, que solo podia ser ocular, para someterlo al Jurado; pero difícil era que adivinásemos esto, pues no comprendemos como se hará dicho estudio, por ejemplo el juicio de los líquidos, sin

abrir los envases, y el de otra porcion de objetos, sin deslucirlos para poder presentar en la Exposicion; prescindamos ya de si sería conveniente pre-juzar así en parte el mérito de los productos. Suponíamos tambien que el Jurado de la Exposicion, si conocía sus deberes, se ocuparía en el exámen de ella, tantos dias cuantos fuesen necesarios, y no podemos creer que el patriotismo de sus individuos fuese tan escaso, que dejasen de hacer el sacrificio de detenerse algunos más que los de la festividad del Apóstol; así es que en el supuesto de que el Jurado era el único llamado á hacer el estudio que diese por resultado las calificaciones, hémos dicho que los expositores acudieran con puntualidad á la cita; mas si la obligacion de estos era remitir los productos algunos dias antes, para someterlos á una prévia censura, de que el programa no hacía mencion, y ninguno há cumplido segun dice el Señor Viñas, ó rauch casualidad fué esta, ó algun vicio tenia la disposicion.

Una vez que el Sr. Viñas se escusa con mucha modestia, de ocuparse de los juicios del Jurado, tambien nosotros con mucha galanteria hacemos lo mismo, deseando se persuada que en ciertas cosas, nunca vamos mas allá que á donde nos llevan.

¿Crée el Sr. Viñas, satisfactoria la explicacion de que el catálogo de premios publicado, único que se conoce, á pesar de tener en la primera hoja la autorizacion del Censor de la *Sociedad Económica* (1) no es oficial, y que en esta ocasion dicha nota no tiene la significacion y responsabilidad que se le atribuye, careciendo por tanto de valor todo lo que de él hemos dicho? Que el público juzgue.

Se alega como excusa, para disculpar el que desde Julio no se haya publicado aun el catálogo oficial, la circunstancia de que habiendo sido simultánea la operacion de recibir los objetos y darles colocacion, esto introdujo alguna confusion en los apuntes de la Sociedad. No sabemos lo que las otras tres provincias habrán hecho; pero respecto á la de Orense, podemos asegurar que á los objetos presentados, acompañó un catálogo minucioso de todo, el cual no hay mas que copiar para formar el referente á esta provincia; y no obstante en ese folleto que ahora se repudia, y que necesariamente debió haber sido formado con los mejores antecedentes, se conoce que dicho documento no estuvo á la vista.

Está en un error el Sr. Viñas, al creer que en Galicia los trabajos preparatorios para la Exposicion de Filadelfia, se verificaban al mismo tiempo que para la de Santiago, por mas que en aquella época se anunciase dicho certámen. Estos trabajos no empezaron hasta meses mas tarde; y tanto es así, que las primeras expediciones, tuvieron lugar á últimos de Diciembre. En cuanto á lo de que, para ensulzar los trabajos que el Secretario de esta Junta de Agricultura hizo en favor de la Exposicion de Filadelfia, no es necesario deprimir los de los demás, debemos manifestar que hemos relatado lo que pasó, y que no es nuestra la culpa si de los hechos resulta que á uno le corresponde alabanza y á otros censura. ¿Hallaría justo el Señor Viñas, que por ejemplo le igualásemos á él y á sus

(1) La presente relacion de premios formada con arreglo á las propuestas hechas por el Jurado general y á los acuerdos de dicha Sociedad, ha sido revisada para su publicacion, por el Censor de la misma.

La segunda hoja al ocuparse de las medallas de oro, contiene la siguiente advertencia:

«Las anteriores cuatro medallas se remitirán por conducto de las respectivas Diputaciones provinciales por ser destinadas á Establecimientos dependientes de las mismas.»

compañeros de Comision, con el que ignoró el nombre de un objeto que ha calificado, ó con el que no trabajó con celo?

El Sr. Viñas reservó para el último las tintas mas fuertes de su paleta, y ciertas pinceladas, desdican bastante del resto de la obra. Pero por nuestra parte no pensamos cambiar de tono, teniendo en cuenta la persona á quien contestamos, y la circunstancia de no suscribir este artículo con nuestro nombre. Conste además que nos hemos limitado á contestar los descargos que hace el comunicante.

Danos gracias al Sr. Viñas, por compadecerse de los que en la Exposicion no vieron atendidos sus deseos ó sus ilusiones, pues suponemos que con mucha caridad, entre aquellos nos contará á nosotros. Agradecidos á este favor, debemos decirle para su consuelo, que habiendo contribuido con poco y malo á dicho certámen, y consistiendo además parte de esto, en materia que no era exhibible segun el programa, no nos hicimos dignos á otra cosa, que á las calificaciones de fulto de lealtad, injuriante, mezquino, anti-patriótico, maledicente, despechado, insulso y otras frioleras que dicho Señor nos regala en su comunicado por habernos azevido á decir la verdad.

No disputamos ni hemos puesto en duda, los merecimientos de la *Sociedad Económica* en los cien años que lleva de existencia ni los de sus Sócios, pues no tenemos motivo ni competencia para ello; pero no crea el Sr. Viñas que fuera de aquella Sociedad y sus individuos, no hay civismo ni merecimientos ni otra clase de virtudes, pues muchas veces el óbolo del humilde, vale bastantísimo mas que la ostentacion del poderoso; no insistamos en este punto que pudiera conducirnos algo lejos.

Tambien nos permitirá el Sr. Viñas, que no contestemos al último párrafo de su comunicado, el cual no refleja la templanza de que prometió hacer uso al principio de dicho documento, y le hallamos algun tanto descompuesto. Por lo mismo que estamos en terreno muy firme, podemos ser muy generosos, sin que por ello pidamos agradecimiento; mas si tan prudente conducta fuese mal interpretada y esta contestacion peor entendida, no hemos de ser nosotros los que más perdamos en ello.

Un Expositor.

## UN ARTISTA GALLEGO.

En un suelto del *Imparcial* del dia 23, se manifiesta: que el inmenso gentío que acudió al Prado y calles afluentes, para presenciar los fuegos artificiales que formaban parte del programa de festejos dispuestos por el Ayuntamiento de Madrid, bien puede calcularse que presenciaban el espectáculo pirotécnico, mas de 150.000 personas. Nos llama la atencion el que en dicho suelto se consigne, que aquello no fué mas que un derroche de pólvora, no correspondiendo dicha fiesta á los desembolsos del Ayuntamiento, y que el pueblo de Madrid quedó poco satisfecho de esta fiesta de su corporacion municipal.

Pasaría desapercibido para nosotros este juicio desfavorable, si no fuera el recordar, con este motivo, la duda consignada por algunos críticos en ocasiones parecidas, de que si tene-

mos ó no en España artistas pirotécnicos. Esta duda, para nosotros y para el inmenso público que presenció las fiestas pirotécnicas celebradas en esta capital los días 20 y 21 del corriente, dirigida por D. Joaquín Pérez de esta ciudad, está resuelta favorablemente para este acreditado artista, y dejando aparte las obras maestras que hace años viene presentando en esta capital y en otras de Galicia, las de esta función escedieron á lo visto en otras ocasiones. En el primer día las tres piezas giratorias que presentó delante del Gobierno de Provincia, y que por cierto tan poco favorable era la situación para que el inmenso concurso pudiese presenciarlas con desahogo, fueron de gran efecto. Aquellos movimientos tan ordenados; aquellas transformaciones y cambios de figura tan oportunos sin que nadie interviniese mas que lo bien dispuesto del mismo fuego, dieron á conocer que dicho Sr. Pérez elevó el arte á una gran altura.

Al siguiente día, el fuego de artificio llamó extraordinariamente la atención; la Rosa Oriental, por donde dió principio, era bellísima, sobre todo cuando al terminar su iluminación de colores, se transformó en una estrella, que cambió de forma tres veces en figuras variadas. Siguiéron las ruedas Quiloxé, de mas de dos metros de diámetro, que nos proporcionaron una sorpresa agradable con aquel continuo y móvil mosaico, á las que siguió el tan aplaudido Sol de Bengala. Conocedores de esta pieza por haberla visto hacia poco tiempo, tuvimos cuidado de seguir sus variadas transformaciones, que nos permitió contar hasta cinco, sucediéndose bien y ordenadamente; lo que nos hizo exclamar, que se puede dibujar con fuego lo mismo que con un lápiz.

Llegó su vez al precioso Castillo tan propiamente adornado con una bien combinada iluminación de colores. El golpe de vista que presentaba fué de gran efecto, sobre todo por el buen gusto con que fueron colocadas aquellas graciosas torres giratorias. El bombardeo del Castillo estuvo admirable, si bien se notó algun retardo en la contestación de la fortaleza á las dos baterías que la bombardeaban, nacido, segun nuestras noticias, de la poca diligencia del encargado de prender fuego, pero este pequeño lunar no le priva de su verdadero mérito.

Por último, aquel magnífico Laurel de la Victoria, fué de un efecto grandioso con aquellos cambios de colores y aquella aureola de rayos, en cuyo centro se ostentaba una inscripción que decia: **La Diputación Provincial á S. M. el Rey y al Ejército.** Sé nos asegura, que una autoridad superior, en su entusiasmo, mandó tocar á la música la marcha real, ante el espectáculo que esta pieza artística ofrecia.

En nuestro profano conocimiento del arte pirotécnico, hemos procurado dar una ligera idea de tan notable función en esta parte, ejecutada por el citado artista, nuestro convencino, y solo nos resta recomendar á éste, que

procure buscar mas ancho campo donde pueda dar vuelo á su fantasia pues nos consta que su génio y sus conocimientos científicos, puestos al servicio del arte pirotécnico, le darán fama y provecho, y obligarán á confesar á cuantos presencien sus obras, que en España tenemos artistas pirotécnicos, y sobre todo en nuestra querida Galicia.

X.

EN LA MUERTE

de

ECILDA RUIZ.

Llegó cual la paloma mensajera  
De amor y paz trayendo una misión;  
Y el nido recordando en que naciera  
Huyó á buscarle tras la azul region.  
¡Ay! fué un rayo de sol, bello, esplendente  
Nacido con la brisa matinal;  
Temprano lirió que arrastró el torrente,  
Borrando su perfume el vendabál.  
Se perdió como el último sonido  
Del arpa de la virgen de Sion  
Que oyó el israelita conmovido  
Suspirando con mística emocion.  
¿Porqué el maldito corazón engaña?  
Alegre de ella ayer me despedí,  
Y hoy sollozo proscripto en tierra estraña;  
¡Ni en su tumba una lágrima vertí!  
Ave cansada, de pesado vuelo  
Lejos del nido muero de dolor,  
¡Quién pudiera llorar en ese suelo  
Testigo de un ayer encantador!  
¡Ay! yo ví á través de la distancia  
Del suelo pátrio el mágico vergel,  
Y al ángel compañero de mi infancia  
Del templo de la muerte en el dintel.  
Un cuadro de dolor pinta mi mente,  
El ángel duerme ya en el ataúd  
Y en torno suyo la apiñada gente,  
Se agolpa en melancólica actitud;  
Y el niño que en los brazos se despierta  
De la madre, al besarla con amor  
Murmurando: ¡Qué hermosa era la muerta!  
Las manecitas junta con dolor!  
¡Ensueños de mi triste fantasia,  
Dejadme en mi destierro descansar!  
Yo muero de dolor, hermana mía,  
Sobre tu tumba al no poder llorar!

A. Muruais.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES.

**BLANQUEO DE LAS ROPAS.**—La ceniza del helecho puede emplearse con ventaja en usos económicos y especialmente para el blanqueo de las ropas de lienzo y algodón. Para hacerlo convenientemente, se reúne una cantidad de aquella planta; se la deja secar bien y enseñada se quema y recojen con cuidado sus cenizas, procurando que no lleven mezcla, por ejemplo de tierra ó arena. En seguida se deslien ó mezclan estas cenizas en una cantidad de agua hasta que tomen la consistencia de una pasta bastante espesa y se forman bolas de la magnitud de una manzana, poniéndolas al sol para que se sequen. Estas bolas reemplazan perfectamente al jabon y duran mucho tiempo y no tan solo quitan la inmundicia al lienzo, sino que aumentan en blancura, comunicándole al mismo tiempo un ligero tinte azulado que le hace agradable á la vista; tiene además otra ventaja y es que no impregna las ropas del mal olor que exhalan cuando se las lava con jabon, si no se tiene cuidado de pasarlas en muchas aguas. Este medio supletorio del jabon, es un gran recurso para las gentes del campo.

Reemplaza tambien ventajosamente al jabon un cocimiento de hojas y flores de saponaria y con especialidad para lavar ropas de lana, á las que dá una flexibilidad y suavidad que no pueden obtener de la mejor jabonadura.

## VARIEDADES.

El distinguido escritor gallego aludido por nosotros como remitente del artículo *La Virgen de la Servilleta*, nos escribe con la sinceridad que le caracteriza haciendo constar que fué sorprendida su buena fé, y que con *sobradísima razon* se ha calificado de plágio lo escrito por el Sr. Soravilla.

Nada mas lejos del espíritu de nuestra Revista que el dar cabida conscientemente á originales de la indole del que tratamos, y al autor del artículo *Lo que hay en España es de los españoles*, despues de agradecerle su consejo por la importancia y trascendencia que encierra, diremos solamente que EL HERALDO jamás ha pretendido, ni soñado siquiera, la representacion que se digna concederle; á lo que si aspira únicamente, es á contribuir en su humilde esfera á que la literatura no se rebaje con plágios como el denunciado y aunque tarde reconocido por esta redaccion.

## SECCION LOCAL.

Con motivo de la festividad de San Lázaro, mañana á las diez y media habrá misa solemne y sermon, que predicará el ilustrado pres-

bitero D. Cláudio Carballido, en la parroquia da Santa Eufemia del Norte. En la S. E. C. mañana á las doce oirá misa el Batallon Provincial de Orense: la charanga del mismo ejecutará escogidas piezas durante este acto religioso.

Hemos recibido la primera y segunda entrega de las *Biografías Gallegas*, obra que publica en Pontevedra nuestro apreciable amigo D. Darío Ulloa, y de la cual nos ocuparemos en el próximo número.

Excitamos el celo de la Corporacion municipal de Orense, á fin de que fije su atencion en un asunto de importancia extrema para los intereses generales de esta localidad.

Por una de las Corporaciones anteriores, fué aprobada la conveniencia de celebrar una feria extraordinaria los dias 21 de cada mes. Al principio, como generalmente aqui acontece, tomóse con decidido entusiasmo esta determinacion; pero despues, fué relegándose al olvido hasta el punto de que en la actualidad, solo se conserva el recuerdo de este mercado.

Aun en las villas de menor importancia, se celebran dos ferias mensuales. Hoy que el Municipio de la Capital administra directamente sus intereses, ¿no podia para dar nueva vida á este mercado, hacer una rebaja conveniente en los impuestos?

Seguramente que de este modo, ademas de satisfacer las aspiraciones de la opinion pública, conseguiria allegar mas recursos y proteger los intereses de la industria y comercio de la poblacion.

Ha sido declarado cesante, el Inspector de primera enseñanza de esta provincia D. José Seara. Sentimos muy de veras la cesantia de este funcionario inteligente y probo.

ADMINISTRACION PRINCIPAL DE CORREOS DE ORENSE.—Desde el dia 2 de Abril próximo, saldrán las expediciones con la correspondencia para Castilla á las diez de la mañana.

*Cartas detenidas por insuficiente franqueo.*

Diego Lopez, Jaen.—Solera.—Francisca Estefanis, Vitoria.—Bernardino Rodriguez, Palencia.—Grijota.—Antonio Cuevas, Tuy.

Marzo 31 de 1876.

Antonio Somoza de la Peña.

## CHARADA.

Una voz que en la música se hallára  
Y un pueblo antiguo de opulencia rara  
Son el *todo* que al mísero convida  
A llorar los pesares de su vida.